

2017, un año de aniversarios

Durante el año 2017 han sido recordados aniversarios de hechos muy diferentes entre sí. Algunos de esos hechos han dejado consecuencias que siguen presentes en el mundo contemporáneo, por lo que interpelan a la Iglesia en su continuo camino por llevar el Evangelio a cada generación humana.

Este año 2017 los cristianos recordaron los 500 años de la reforma luterana. A partir de aquel lejano 1517, Martín Lutero inició un proceso de cambios, en su misma vida personal y en la vida de millones de bautizados del siglo XVI y de los siglos sucesivos, que quizá no habían sido previstos en sus momentos iniciales. Lo cierto es que después de tantos siglos las divisiones siguen en pie, aunque también una serie de esfuerzos ecuménicos, animados de modo especial tras el Concilio Vaticano II, han abierto caminos de diálogo y esperanzas para lograr, bajo la guía del Espíritu Santo, un reencontro según los deseos del mismo Cristo.

En el presente número, el artículo del P. Ralph Weimann permite acercarnos a este aniversario desde la ayuda de algunas reflexiones de Joseph Ratzinger, que permiten avanzar hacia una mejor comprensión de las ideas surgidas a partir de Lutero.

El segundo aniversario es de un tono muy diferente: la Iglesia celebró con solemnidad y alegría el centenario de las apariciones de Fátima, que tuvieron lugar entre mayo y octubre de 1917. En una época oscura para la humanidad, cuando una carnicería absurda seguía destruyendo la vida de millones de seres humanos en lo que hoy conocemos como Primera Guerra Mundial, la Madre de Dios recordaba a tres pastorcillos el mensaje de conversión que nace directamente del Evangelio de Jesucristo.

La visita del Papa Francisco a Fátima los días 12 y 13 de mayo de este año, que tuvieron un momento culminante durante la canonización de Jacinta y Francisco Marto, supusieron un nuevo aval de la Iglesia al mensaje de penitencia y confianza en Dios que se difundió desde Portugal a todo el mundo. Como afirmó el Papa en la misa de canonización, el mismo 13 de mayo, la Virgen «previendo y advirtiéndonos sobre el peligro del infierno al que nos lleva una vida -a menudo propuesta e impuesta- sin Dios y que profana a

Dios en sus criaturas, vino a recordarnos la Luz de Dios que mora en nosotros y nos cubre».

Con motivo del centenario de Fátima, nuestra revista recogió en el primer número de este año un amplio dossier sobre la Virgen, con especial atención respecto del sentido de las apariciones en general y de las de Fátima en particular. Así nos unimos a tantos millones de fieles que, en diversas partes del mundo, han renovado su consagración a María, Madre de Dios y Madre nuestra, y han reavivado el compromiso de rezar del Rosario, lo cual también está en el corazón del Papa que invita continuamente al rezo diario de esta devoción mariana.

El tercer aniversario, que está en relación con el misterio de Fátima, es el de la Revolución rusa. Cuando en noviembre (octubre, según el calendario juliano vigente en aquel entonces en la Rusia zarista) de 1917 una revuelta en Petrogrado cambió la situación de la ciudad y desencadenó un proceso revolucionario abiertamente marxista, el mundo no fue capaz de percibir todo lo que iba a ocurrir en los siguientes años, con un balance de represión y muertes que supera en mucho lo imaginable. La publicación en Francia el año 1997 de un volumen sobre la represión y los muertos ocasionados por el comunismo (con el título *El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión*), y los precedentes relatos de Aleksandr Solzhenitsyn sobre la realidad de los gulags, han ayudado a destapar parte (no todo) del drama de millones de seres humanos en Rusia, en los territorios sometidos a ella en lo que fue llamada la Unión Soviética, en los Estados del Pacto de Varsovia, y en el país más numeroso del mundo, la China subyugada por la dictadura de Mao, sin olvidar otros lugares de América (como Cuba), de Asia (Corea del Norte, Vietnam, Laos, Camboya) y de África.

Desde Fátima fue difundándose por el mundo una invitación a rezar por la paz y por la conversión de Rusia, y por eso se explica que un Papa venido de los países del telón de acero, San Juan Pablo II, renovase la consagración del mundo a la Virgen María para implorar por el don de la paz y para pedir por la conversión que daría libertad y justicia a tantos millones de oprimidos bajo el comunismo totalitario.

Otro aniversario parece haber sido objeto de poca atención, pero no por ello carece de importancia. El Beato Pablo VI publicaba, el 24 de junio de 1967, una encíclica, *Sacerdotalis caelibatus*, sobre el tema del celibato sacerdotal, después de la intensa experiencia eclesial del Concilio Vaticano II y de nuevas reflexiones sobre el ministerio sacerdotal. Frente a tendencias y presiones que buscaban abolir el celibato entre los católicos de rito latino, el Papa Montini supo rescatar el sentido profundo del carisma del celibato, es-

pecialmente al subrayar sus dimensiones cristológica, eclesiológica y escatológica, así como su valor profético para la renovación de la vida matrimonial entre los fieles.

Respecto a este aniversario, resulta oportuno recordar unas palabras del Papa Benedicto XVI que expresan sintéticamente el valor del celibato sacerdotal:

El verdadero fundamento del celibato sólo puede quedar expresado en la frase: «Dominus pars (mea)», Tú eres el lote de mi heredad. Sólo puede ser teocéntrico. No puede significar quedar privados de amor; debe significar dejarse arrastrar por el amor a Dios y luego, a través de una relación más íntima con Él, aprender a servir también a los hombres. El celibato debe ser un testimonio de fe: la fe en Dios se hace concreta en esa forma de vida, que sólo puede tener sentido a partir de Dios. Fundar la vida en Él, renunciando al matrimonio y a la familia, significa acoger y experimentar a Dios como realidad, para así poderlo llevar a los hombres (Discurso a la Curia romana con ocasión de las felicitaciones navideñas, 22 de diciembre de 2006).

Por último, este año 2017 se han cumplido los 25 años desde que, con la Constitución apostólica *Fidei depositum*, fechada el 11 de octubre de 1992, Juan Pablo II aprobase un texto fundamental para el conocimiento de la fe: el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Ese texto sería confirmado, con algunos retoques, 10 años más tarde, cuando el mismo Papa Wojtyła publicase la Carta apostólica *Laetamur magnopere*, con la que se aprobaba la edición típica en latín del Catecismo.

El recuerdo de estos aniversarios, entre tantos otros que se suceden continuamente en el calendario a nivel personal, social, eclesial, permite vivir de un modo memorioso, deuteronómico, según expresiones que usa el Papa Francisco, y ayuda a dejarnos iluminar por una memoria que reconoce el valor de los hechos en el devenir humano. En ese devenir la acción de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, resulta decisiva, sin por ello eliminar la autonomía de los seres humanos, capaces de provocar enormes daños en la historia, o de abrir horizontes a la esperanza y a la conversión.

Ante estos aniversarios, como ante tantos otros, podemos evocar aquí, como conclusión de estas reflexiones, unas frases de san Juan Pablo II en su libro *Memoria e identidad*, que ilustran la confianza en las huellas de bien que están presentes en cada ser humano y que son posibles gracias a la acción continua de Dios en nuestro recorrido temporal:

La historia de la humanidad es una trama de la coexistencia entre el bien y el mal. Esto significa que si el mal existe al lado del bien, el bien, no obstante, persiste al lado del mal y, por decirlo así, crece en el mismo terreno, que es la naturaleza humana. En efecto, ésta no quedó destruida, no se volvió

totalmente mala a pesar del pecado original. Ha conservado una capacidad para el bien, como lo demuestran las vicisitudes que se han producido en los diversos períodos de la historia.

Ecclesia*

* Este editorial ha sido escrito por el P. Fernando Pascual, L.C., profesor de filosofía del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*, y director de la revista *Ecclesia*.